



PIERRE-YVES SAUNIER

La historia transnacional



PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

LA HISTORIA TRANSNACIONAL

Pierre-Yves Saunier

Traducción de Vladimir López Alcañiz

Revisión técnica de Ángel Alcalde

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Palgrave Macmillan, 2013
- © De la traducción, Vladimir López Alcañiz; revisión técnica, Ángel Alcalde
- © De la presente edición, Prensas de la Universidad de Zaragoza (Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social)
1.ª edición, 2021

First published in English by Palgrave Macmillan, a division of Macmillan Publishers Limited under the title *Transnational History* by P. Saunier. This edition has been translated and published under licence from Palgrave Macmillan. The author has asserted his right to be identified as the author of this work.

Colección Ciencias Sociales, n.º 149
Director de la colección: Pedro Rújula López

Prensas de la Universidad de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063
puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

La colección Ciencias Sociales de Prensas de la Universidad de Zaragoza está acreditada con el sello de calidad en ediciones académicas CEA-APQ, promovido por la Unión de Editoriales Universitarias Españolas y avalado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) y la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT).

ISBN: 978-84-1340-150-8

Impreso en España

Imprime: Servicio de Publicaciones. Universidad de Zaragoza

D. L.: Z 161-2021

PREFACIO

Paradójicamente, no es fácil escribir una introducción a un campo de estudio cuando este se ha definido como una rama del saber diferenciada solo recientemente. No existen líneas teóricas canónicas ni una lista consensuada de libros seminales ni una nómina de autores consagrados ni tampoco un acervo metodológico contrastado durante décadas de investigación que pueda ser discutido de nuevo con tranquilidad. Este es el primer dilema para el autor que no desea grabar en piedra una versión «autorizada» de su campo mientras este se encuentra todavía en construcción. He abordado esta dificultad mostrando la diversidad de la historia transnacional, aunque me he visto limitado por mi ignorancia en diversos temas, regiones o momentos.

Un segundo dilema deriva también de la cristalización relativamente reciente de la historia transnacional. Por un lado, se hace necesario cubrir el mayor espectro posible de preocupaciones y situaciones que se han explorado; por el otro, es preciso hallar o construir un marco para cumplir con la misión introductoria de este libro. El más obvio de estos marcos parecía impráctico en el mejor de los casos y contraproducente en el peor. Se consideró, y rechazó, organizar los contenidos en función de subdisciplinas históricas (historia económica, cultural, de las relaciones internacionales...), regiones (Asia del Sur, Américas...), temas (migraciones, tecnologías, mercancías...), categorías (clase, género, raza...), etapas historiográficas o conceptos principales. En su lugar, el núcleo del volumen se

ha compuesto dentro de un marco «nocional», basado en preocupaciones clave que pueden ayudar a los historiadores a investigar y escribir historia con una perspectiva transnacional.

El resultado no es un libro que limite la definición de lo que la historia transnacional debe o no debe ser. Es meramente una guía, cuya validez está sujeta a los rápidos cambios del paisaje que pretende describir, analizar y domesticar.

AGRADECIMIENTOS

Muchos colegas me han prestado una ayuda inestimable a la hora de recopilar la abundante bibliografía que necesitaba consultar para escribir este libro. La larga lista de sus nombres está en el complemento bibliográfico en línea, que proporciona una extensa lista de libros y artículos que no podía incluirse aquí. Dicho complemento puede obtenerse escribiendo a <pys.th.2013@gmail.com>.

Estoy extremadamente agradecido por los comentarios que hicieron Kiran Patel, Ian Tyrrell, Donna Gabaccia y Sunil Amrith al manuscrito completo de este libro en una fase en que estaba escrito en lo que solo yo podría llamar inglés. Christophe Verbruggen aceptó amablemente rastrear los errores más flagrantes en la sección que trata del análisis de redes sociales. Sonya Barker y Don MacRaild han sido editores exigentes y alentadores, tal como cabía esperar, y los elogio por ello. Además, seleccionaron a revisores anónimos, cuyos comentarios han sido útiles para pensar con o contra ellos: se lo agradezco a todos. Ha sido un placer también trabajar con Philip Tye y Alec McAulay, los dos correctores cuya tarea ha consistido en retocar mi particular versión del inglés sin humillarme. Misión cumplida.

Estudiantes de distintas clases han contribuido a formular los elementos de este libro: en la Universidad de Chicago, la Universidad de Montreal, la École des hautes études en sciences sociales de París, la Universidad de Ginebra y el Institut de hautes études internationales de Ginebra.

Distintos aspectos que han acabado fusionándose aquí se han generado, presentado, discutido y corregido durante y después de encuentros en numerosos seminarios y presentaciones: en la Universidad Noruega de Ciencia y Tecnología de Trondheim y la Universidad de Bergen; en la Universidad de Lausana, la Universidad de Ginebra y los talleres doctorales de la Conférence universitaire de Suisse occidentale; con la History of International Organizations Network en Ginebra; en la Universidad de Carleton y la Universidad de Montreal; en la École normale supérieure de la calle Ulm; en la Universidad de Estudios de Padua y el Robert Schuman Centre del Instituto Universitario Europeo de Fiesole; en la Universidad Técnica de Eindhoven; en el Harvard-Yenching Institute; en el Centre for Transnational History del University College de Londres y en el grupo de investigación de la European Science Foundation «Making Europe. Technology and Transformations, 1850-2000», la compañía de cuyos participantes ha sido un constante placer.

La experiencia de editar *The Palgrave Dictionary of Transnational History* fue la que me proporcionó varias de las fuentes en las que me he basado: sin mi coeditor Akira Iriye, los editores asociados y los participantes en ese volumen, mi horizonte y este libro habrían sido irremediamente distintos.

INTRODUCCIÓN

Pero no solo es cierto que ningún país puede comprenderse sin tener en cuenta todo su pasado; también es verdad que no podemos seleccionar una franja de tierra y decir que a esta limitaremos nuestro estudio, pues la historia local solo puede entenderse a la luz de la historia del mundo. Existe unidad, así como continuidad. Para conocer la historia de la Italia contemporánea, debemos conocer la historia de la Francia contemporánea, de la Alemania contemporánea. Cada una actúa sobre la otra. Las ideas, incluso las mercancías, rehúyen los límites de una nación. Todas están inextricablemente conectadas, por lo que cada una es necesaria para explicar las otras. Esto es especialmente cierto en nuestro mundo moderno, con su complejo comercio y sus medios de conexión intelectual. En la historia, así, hay unidad y continuidad. Cada época debe estudiarse a la luz de su pasado; la historia local debe observarse a la luz de la historia mundial.

Esta declaración no se hizo en uno de los foros actuales donde se predica la necesidad de «una historia global para un mundo globalizado». Tampoco se formuló en un seminario universitario donde jóvenes historiadores entusiastas presentan sus primeras investigaciones históricas, ni en uno de los cada vez más frecuentes congresos y talleres donde académicos consolidados contrastan su trabajo sobre ideas, mercancías y otras cosas en movimiento. Ni siquiera se escribió en las últimas dos décadas, cuando más y más historiadores han tratado de expandir los límites de sus investigaciones e imaginaciones, más allá de las restricciones de lo meramente nacional. Estas palabras las pronunció el historiador estadounidense Frederick Jackson Turner en 1891.¹

1 Frederick Jackson Turner, «The Significance of History», en Ray Allen Billington (ed.), *Frontier and Section: Selected Essays of Frederick Jackson Turner*, Englewood Cliffs, 1961, pp. 20-21.

Solo dos años después, Turner volvió a abordar la cuestión del significado de la historia y formuló su famosa hipótesis de la «frontera», llamada a convertirse en la piedra de toque de la idea de que Estados Unidos transitaba por una vía histórica excepcional, distinta de la de los demás países y que, por ello, debía narrarse como tal. La tensión entre una perspectiva relacional y una historia nacional aislada se encarnaba, así, en una sola persona, un miembro de la generación que hizo de la historia una disciplina en el seno de la universidad basada en la investigación.

Dicha tensión no es específica de los historiadores estadounidenses. Otros contextos nacionales poseen a sus propios Turner, que abogan por el estudio de las «conexiones inextricables». Karl Lamprecht en Alemania, Henri Pirenne en Bélgica, el rumano Nicolae Iorga, Cheikh Anta Diop en Senegal o el japonés Suzuki Shigetaka podrían describirse en términos similares. En algunas comunidades académicas, como la de los orientalistas, el estudio de las interacciones entre civilizaciones ya estaba en el orden del día de las conferencias internacionales a finales de la década de 1880.² Ciertamente, la historia y sus practicantes han sido parte integrante del proceso de construcción nacional en sus distintas encarnaciones a lo largo del siglo xx. Han reunido materiales, procesado datos y establecido narrativas con el marco nacional como referencia y horizonte. Con todo, la reconocidamente «represiva conexión entre la historia y la nación»³ que estableció esta corriente de historia lineal nunca llegó a ser hegemónica.

En medio de las historiografías más nacionalistas y, sin embargo, no siempre a contracorriente, algunos historiadores abogaron por dirigir su mirada más allá, a lo largo y a través de las naciones. Esta tensión nunca dejó de definir el teclado metodológico y narrativo que los historiadores utilizaban para investigar, escribir y enseñar historia. La mayor parte de las teclas toca las notas del *nacionalismo metodológico*, por medio del cual los historiadores producen, implícita o explícitamente, una melodía en la que

2 Pascale Rabault-Feuerhahn, «Les grandes assises de l'orientalisme». La question interculturelle dans les congrès internationaux des orientalistes (1873-1912)», *Revue germanique internationale*, 12, 2010, pp. 47-67.

3 Prasenjit Duara, *Rescuing History from the Nation. Questioning Narratives of Modern China*, Chicago, 1995, p. 4.

el país, o sea, el Estado nación, aparece como la forma natural de organizar las sociedades y la unidad básica de la historiografía.⁴ Pero hay una alternativa que rechaza por ficticia la autonomía de las historias nacionales y, en su lugar, privilegia lo que atraviesa o está entre las sociedades nacionales y otras unidades de análisis histórico.⁵ Pero ¿acaso deben oponerse necesariamente estos dos polos? En las últimas dos décadas, hemos visto a la vez signos de renacionalización de la historia —particularmente en los nuevos países que emergieron del colapso de la Unión Soviética y su cinturón occidental— y una revisión a fondo de la historia alemana y estadounidense que ha ido en la dirección opuesta. En este caso, se ha hecho un gran esfuerzo para comprender cómo esas historias nacionales debían su forma a fuerzas externas y cómo, a su vez, constituyeron un factor en acontecimientos históricos más allá de sus fronteras. Nada de esto pretende insinuar la superioridad de la perspectiva transnacional: concebir, investigar y escribir la historia de y en un país todavía merece la atención del historiador. Con respecto a la historiografía nacional, lo que argumenta este libro es que la perspectiva transnacional fortalece sus capacidades, añadiendo la historia de los entrelazamientos entre países a la lista de tareas de la escritura de la historia nacional.

Esto es posible porque la historia transnacional es un enfoque que enfatiza lo que opera entre y a través de las unidades que los humanos han establecido para organizar su vida colectiva. Esto contrasta con el énfasis en lo que ocurre dentro de tales unidades tomadas como *mónadas*. Es un enfoque, pues, que se centra en las relaciones y formaciones, las circulaciones y conexiones entre, a lo largo y a través de esas unidades y en cómo estas se han hecho, no hecho o deshecho. Para apreciar su naturaleza tentativa, es preciso recordar que la expresión «historia transnacional» es todavía joven y su definición fluida. El capítulo 1 resituará esta idea en el contexto más amplio de las ciencias sociales, demostrará su diversidad y la conectará con la trayectoria del término desde su aparición en 1842. Del

4 Andreas Wimmer y Nina Glick-Schiller, «Methodological Nationalism and Beyond: Nation-State Building, Migration and the Social Sciences», *Global Networks*, 2, 4, 2002, pp. 301-334.

5 Michael Geyer, «Historical Fictions of Autonomy and the Europeanization of National History», *Central European History*, 22, 3-4, 1989, pp. 316-342.

mismo modo que «transnacional», como adjetivo, se usa a menudo indiscriminadamente para describir cierta clase de fenómenos o espacios, la identidad de determinados individuos o las características de algunas organizaciones, la reciente invasión de la «historia transnacional» en títulos de tesis, libros y artículos también cubre muchos significados distintos. Mientras algunos usan la expresión frecuentemente y en alguna de estas acepciones, otros prefieren calificaciones genéricas o específicas de la historia como universal, oceánica, mundial, comparativa, conectada, entrecruzada, compartida, cosmopolita, simétrica, translocal, internacional o transfronteriza. Las diferencias entre estos enfoques son, desde mi punto de vista, menos importantes que su énfasis común en las relaciones. Empecemos, pues, por el porqué, el cuándo y el dónde de la historia transnacional, para ver qué perspectivas y preocupaciones específicas, si es que las hay, la distinguen del resto de enfoques relacionales.

Historia transnacional: ¿cuál es la apuesta?

Si consideramos lo que hacen los historiadores cuando investigan y escriben historia con una perspectiva transnacional, tres cosas saltan a la vista. Son las «grandes cuestiones» que la historia transnacional trata de abordar.

La primera es la *historización* de los contactos entre comunidades, entidades políticas (*politíes*) y sociedades.* Aquí, el objetivo es estudiar cómo los intercambios e interacciones han crecido y decrecido; evaluar los cambiantes niveles de integración, desintegración e intercambio entre las unidades territoriales básicas de la comprensión histórica (regiones, países, continentes): una respuesta empírica a qué fue y cuándo ocurrió la «*globalización*».

En segundo lugar, la perspectiva transnacional reconoce y valora las contribuciones exteriores al diseño, discusión y aplicación de elementos domésticos dentro de las comunidades, entidades políticas y sociedades y,

* *N. del T.*: La aparición conjunta de estos tres elementos —o de dos de ellos— es recurrente en este libro. En inglés, las palabras son *communities*, *politíes* y *societies*. La segunda de ellas, que aquí traduciremos generalmente por «entidades políticas», tiene un significado más amplio, incluyendo tanto «formas de gobierno» como «comunidades políticas».

al revés, la proyección de dichos elementos al exterior. El propósito es hacer más densa nuestra comprensión de entidades independientes —como las naciones, regiones, civilizaciones, ciudades, agrupaciones profesionales y comunidades religiosas— arrojando luz sobre la naturaleza compuesta de sus materiales.

Y, en tercer lugar, la historia transnacional trata de las tendencias, patrones, organizaciones e individuos que han estado viviendo entre y a través de esas entidades independientes que utilizamos como unidades de la investigación histórica. Aquí tenemos la oportunidad de recuperar la historia de proyectos, individuos, grupos, conceptos, actividades, procesos e instituciones que, a menudo, han sido invisibles o, en el mejor de los casos, secundarios para los historiadores, porque se desarrollaron entre, a lo largo y a través de entidades políticas y sociedades.

Estas tres cuestiones marcan la diferencia entre la historia transnacional y la *historia global*. Esta última, de acuerdo con una descripción oficial de la revista epónima, trata «los principales problemas del cambio global en el tiempo, junto con las diversas historias de la globalización».⁶ El cambio planetario es, sin duda, parte del programa mencionado, pero no todo él.

En esta agenda intelectual problematizadora se apoyan los capítulos 2-5 de este libro, basados en una abundante bibliografía que va más allá de lo que pueda leerse en los títulos, palabras clave y resultados de las últimas investigaciones. Si la expresión «historia transnacional» es reciente, sus tres frentes suscitaron el interés de numerosos historiadores antes de la década de los noventa. Por otra parte, la expresión es hiperbólica: parece sugerir la existencia de una subdisciplina especializada que no casa con el espíritu de mucho de lo que se está escribiendo e investigando bajo su nombre. Su disposición apunta, más bien, a la amplitud de miras y la experimentación con respecto al espectro de temas y metodologías.⁷ Consideremos el índice

6 La descripción del *Journal of Global History* en su página web ha cambiado, pero la citada todavía puede leerse aquí: <<https://www.scimagojr.com/journalsearch.php?q=16100154770&tip=sid>> (consultada en junio de 2019).

7 Michael Geyer, «Transnational History – The New Consensus», reseña de Gunilla Budde, Sebastian Conrad y Oliver Janz (eds.), *Transnationale Geschichte. Themen, Tendenzen und Theorien*, Gotinga, 2006, *H-Soz-Kult*, 11 de octubre de 2006, <<https://www.hsozkult.de/publicationreview/id/rezbuecher-8227>> (consultada en junio de 2019).

del número especial de *The Journal of American History* de 1999.⁸ Los participantes abordaron el medio ambiente, las identidades, las migraciones, la historia de la disciplina histórica, la historiografía de la emancipación negra en Estados Unidos, el movimiento sindical, las ciencias sociales, los derechos humanos, las políticas sociales y de desarrollo, la raza y el imperio, y mostraron cómo los cambios y patrones en la historia estadounidense estaban entrelazados con sucesos exteriores, desde México a Italia, pasando por Filipinas. Difícilmente puede esto considerarse un ámbito temático, menos aún una síntesis subdisciplinar.

Puede resultar apropiado aquí pensar en lo que escribió William Cunningham acerca de la historia económica: «No es tanto el estudio de una categoría especial de hechos, sino el estudio de todos los hechos de la historia de una nación desde un punto de vista especial».⁹ Exceptuando la referencia a «la historia de una nación», este libro parte de aquí. «Todos los hechos»: la historia transnacional puede aplicarse a cualquier tema, lo que no significa que sea útil y relevante para todos ellos. «Punto de vista»: es lo que la historia transnacional afirma proporcionar, partiendo de la base de que su punto de vista especial completará otras perspectivas sin reemplazarlas. Por eso usaré, a menudo, la expresión «historia con una perspectiva transnacional», para reducir el riesgo de *hybris* subdisciplinar que puede sugerir la fórmula «historia transnacional», aunque también utilizaré con frecuencia esta última por su comodidad sintáctica. Asimismo, mi uso de «historiadores transnacionales» no significa que crea que necesitamos otro tipo más de historiadores: solo es más corto que «historiadores que adoptan una perspectiva transnacional».

La lista de temas incluida en *The Journal of American History* resulta familiar a cualquier historiador social. Temas similares se han cubierto bajo muchas otras etiquetas, especialmente la de *historia comparada* —o, mejor, la aplicación de la comparación entre distintas sociedades nacionales («historia comparada transfronteriza», como se la llamó)—. Una referencia de primer orden para los historiadores que comparan historias nacionales es

8 «The Nation and Beyond: Transnational Perspectives on United States History», número especial de *The Journal of American History*, 86, 3, 1999.

9 William Cunningham, *The Growth of English Industry and Commerce during the Early and Middle Ages*, Cambridge, 1890, vol. 1, p. 8.

un artículo del historiador francés Marc Bloch escrito en 1928.¹⁰ El texto incluía ejemplos de «filiación» e «influencia» entre sociedades y entidades políticas nacionales en el ámbito de la historia comparada. A pesar de ello, no distinguía el estudio de las conexiones y circulaciones efectivas entre países como la dirección «más interesante» para comparar sociedades. Bloch expresaba su preferencia por la comparación de países que no tuvieran vínculos concretos entre sí, una elección retomada por muchos de sus seguidores explícitos.¹¹ Así, es la forma en la que se ha desarrollado la comparación entre historias nacionales, y no la forma en la que se concibió, lo que ha creado ciertas diferencias entre la comparación del destino histórico de países sin vínculos concretos entre sí y el estudio de los procesos y elementos que componen la sustancia de tales vínculos.

Esta temprana divergencia regresaría con fuerza a la historiografía europea en las escaramuzas entre la historia comparada y la *Transfèrgeschichte* en los años noventa. La historia comparada, se argumentó, había pagado un tributo excesivo a las historias nacionales.¹² Había aceptado los países como las unidades básicas para investigar y escribir historia, a costa de las regiones u otras unidades, y no había manifestado interés en las relaciones efectivas entre y a través de los países. La *Transfèrgeschichte*, se replicó, se preocupaba por cuestiones menores de la historia, con su atención depositada en productos culturales o libros: no tenía nada que decir sobre los grandes cambios sociales y políticos de la historia de Europa.¹³

El debate amainó y, hoy, la mayoría comparte que ambas aproximaciones pueden combinarse con provecho, porque permiten responder preguntas distintas.¹⁴ Esto puso las bases de los intentos empíricos de combi-

10 Marc Bloch, «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», *Revue de synthèse historique*, XLVI, 1928, pp. 15-50.

11 Marcel Detienne, *Comparar lo incomparable. Alegato en favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península, 2001.

12 Michel Espagne, «Sur les limites du comparatisme en histoire culturelle», *Genèses. Sciences sociales et histoire*, 17, 1, 1994, pp. 112-121.

13 Jürgen Kocka y Heinz-Gerhard Haupt (eds.), *Geschichte und Vergleich: Ansätze und Ergebnisse international vergleichender Geschichtsschreibung*, Fráncfort del Meno, 1996, p. 10.

14 Johannes Paulmann, «Internationaler Vergleich und interkultureller Transfer. Zwei Forschungsansätze zur europäischen Geschichte des 18. bis 20. Jahrhunderts», *Historische Zeitschrift*, 267, 1998, pp. 649-685.

nar ambos enfoques;¹⁵ desde entonces, los historiadores que comparan naciones y los que estudian las conexiones y circulaciones entre naciones pueden confrontar sus respectivos puntos de vista de un modo más productivo.¹⁶ Además, ayudó a afinar las distinciones en cuanto al papel de la comparación en la historia comparada y en la historia de las transferencias culturales o de otro tipo. En la historia comparada, la comparación es la herramienta que los historiadores utilizan para evaluar distintos cursos históricos —sobre todo, nacionales— en busca de causas estructurales para procesos amplios y patrones que expliquen las distintas trayectorias históricas nacionales, sus diferencias y similitudes. Para aquellos que trabajan entre y a través de las historias nacionales, la comparación es la herramienta que usaban en el pasado los propios actores históricos cuando ingeniaran similitudes y diferencias para crear trayectorias políticas particulares para sus entidades políticas y comunidades.

En su obra sobre las miradas recíprocas entre la visión francesa del estilo estadounidense y la visión estadounidense de la moda francesa, Nancy Green se refirió a su «historia comparada interactiva» como un estudio de «visiones recíprocas».¹⁷ De hecho, los historiadores transnacionales no eluden la comparación entre distintos lugares, aunque solo sea porque deben entender qué ocurre con los vínculos y flujos que persiguen a través de entidades políticas y comunidades diferentes. Pero, para ellos, la comparación es un tema de estudio, más que una herramienta para el estudio de temas.

El *cuándo* de la historia transnacional

Para seguir y reconstruir la operación y el impacto de los entrelazamientos a lo largo y a través de sociedades, entidades políticas y comunidades, los historiadores pueden dirigir su atención hacia el lapso de cinco mil

15 Christof Mauch y Kiran Klaus Patel (eds.), *The United States and Germany during the Twentieth Century: Competition and Convergence*, Nueva York, 2010 (ed. orig. alemana, 2008).

16 Deborah Cohen y Maura O'Connor (eds.), *Comparison and History: Europe in Cross-National Perspective*, Londres, 2004.

17 Nancy L. Green, *Ready-to-Wear and Ready-to-Work: A Century of Industry and Immigrants in Paris and New York*, Durham, 1997.

años desde el asentamiento de sociedades agrarias y alfabetizadas, o hacia los ocho millones de años desde la fecha del primer fósil conocido de homínidos; al fin y al cabo, fue a través de la circulación como los homínidos se dispersaron desde África hasta cubrir el planeta entero. En tiempos más cercanos, hay ejemplos de intercambios, contactos, personas, patrones o coyunturas que existieron entre, a lo largo y a través de entidades políticas y sociedades entre el año 200 antes de nuestra era y finales del siglo XVIII. Historiadores como Jerry Bentley, Fernand Braudel, Sanjay Subrahmanyam o Victor Lieberman han abarcado así amplios panoramas cronológicos.¹⁸

Algunos historiadores no dudan en etiquetar los trabajos de estos y otros escritores como historia transnacional ni en utilizar esta noción para la Europa moderna.¹⁹ Empezando por la *natio* como el grupo de personas nacido en el interior de la misma comunidad, señalan que es deber de los historiadores rastrear los entrelazamientos entre aquellas naciones, aunque no se trate de las naciones de tiempos más recientes, en las que la fusión de los procesos de construcción estatal y nacional alumbró unidades delimitadas territorialmente con un impulso homogeneizador. Por el contrario, otros historiadores arguyen que, en cuanto a la periodización, debe restringirse la aplicación de la etiqueta «historia transnacional» al momento en que los Estados nación empezaron a cristalizar. Para el historiador del siglo XX Kiran Patel, usar la expresión «historia transnacional» para la *polis* griega, la China Tang o la Europa carolingia tiene escaso valor: «Quien habla de transnacionalismo en esos tiempos, o bien está usando una anacrónica etiqueta de moda, o bien introduce, por la puerta trasera, una comprensión esencialista de la nación que la perspectiva transnacional pretende evitar».²⁰

18 Jerry H. Bentley, *Old World Encounters: Cross-Cultural Contacts and Exchanges in Pre-Modern Times*, Nueva York, 1993; Fernand Braudel, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècle*, París, 1979, 3 vols.; Sanjay Subrahmanyam, *Explorations in Connected History*, Delhi, 2005, 2 vols.; Victor B. Lieberman, *Strange Parallels: Southeast Asia in Global Context, c. 800-1830*, Cambridge, 2003 y 2012, 2 vols.

19 Martin Krieger, «„Transnationalität“ in vornationaler Zeit? Ein Plädoyer für eine erweiterte Gesellschaftsgeschichte der Frühen Neuzeit», *Geschichte und Gesellschaft*, 30, 1, 2004, pp. 125-136; Ángeles Redondo y Bartolomé Yun Casalilla, «“Localism”, Global History and Transnational History. A Reflection from the Historian of Early Modern Europe», *Historisk Tidskrift*, 127, 4, 2007, pp. 659-678.

20 Kiran Klaus Patel, «Überlegungen zu einer transnationalen Geschichte», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 52, 7, 2004, p. 634.

Este libro parte de una posición similar: la historia transnacional es la península cronológica de un continente más amplio de estudios; firmemente conectada a él, pero con contornos distintos. Está en consonancia con el trabajo de aquellos historiadores que han investigado ávidamente los entrelazamientos entre entidades políticas, sociedades y comunidades. Que ellos llamaran a su investigación historia «global», «mundial», «conectada» o «translocal» es secundario. Existe una estrecha relación entre todas ellas. Por ejemplo, la historia transnacional posee vínculos especialmente estrechos con la idea de las «*historias conectadas*» que, inspirándose en el trabajo previo de Joseph Fletcher, elaboró Sanjay Subrahmanyam en los años noventa para abordar grandes temas (coyunturas o imperios) a través del estudio de las confrontaciones específicas entre distintas entidades políticas de Eurasia «desde el Tajo hasta el Ganges» entre los siglos xv y xviii.²¹ Pero la historia transnacional es también una franja determinada de esas historias conectadas, puesto que se ocupa de un momento en el que las entidades políticas, sociedades y comunidades eran definidas —o machacadas— en función de la idea y la práctica del Estado nación, en cuanto que unidad territorial delimitada donde las autoridades luchaban por la homogeneidad interna y la proyección externa de prestigio y poder, y donde se exigía fidelidad exclusiva a la ciudadanía a cambio de derechos civiles. Esta «edad de la territorialidad», sostiene Charles Maier, tomó forma durante el siglo xviii, alcanzó la mayoría de edad en la era de las revoluciones y cristalizó a mediados del siglo xix.²² Los procesos entretreídos de construcción nacional y estatal, manifestados en el control del espacio fronterizo y el alineamiento de la sociedad dentro de ese espacio, se consideraron —o impusieron— como la mejor forma para crear entidades políticas provistas de soberanía.

Desde comienzos del siglo xix, la humanidad ha vivido en un mundo crecientemente organizado por la idea y la práctica del Estado nación, aunque es cierto que algunos análisis han diagnosticado un decaimiento

21 Sanjay Subrahmanyam, «On the Window That Was Asia», en Sanjay Subrahmanyam, *Explorations*, vol. 1, pp. 1-17.

22 Charles S. Maier, «Consigning the Twentieth Century to History: Alternative Narratives for the Modern Era», *The American Historical Review*, 105, 3, 2000, esp. pp. 817-822. Ulteriormente, Maier indicó que, a sus ojos, la territorialidad estaba una vez más en auge.

de las naciones y Estados en décadas recientes. En su texto, el propio Maier diagnostica el debilitamiento de la correspondencia entre el espacio de la identidad y el de la toma de decisiones desde los años sesenta y, en otra parte, la socióloga Saskia Sassen evalúa la desincorporación de territorio, autoridad y derechos que caracterizó los ochenta.²³ Aun así, como ella misma señala, esa formidable combinación conocida como el «Estado nación» es todavía la más extendida y significativa forma de gobierno del planeta.

A esto podría añadirse que parte de la pregnancia del Estado nación es producto de la resistencia o acomodo que suscitó durante su desigual y resistible ascenso. Otro tipo de comunidades, territoriales (ciudades Estado) o no (afiliación religiosa o de clase), también tuvieron intelectuales y partidarios: en nombre de la *umma*, la comunidad de creyentes musulmana, la idea misma de nación fue contestada por diversos académicos, activistas e intelectuales, lo que se tradujo en oleadas opuestas de absorción nacionalista y compromiso con la unidad del islam.²⁴ Incluso ahí donde el Estado nación no era endémico, los pueblos, autoridades e intelectuales tomaron partido con respecto a él, aunque solo fuera porque la expansión europea «pregonó el Estado nación en el mundo como una de sus preciadas comunidades de exportación».²⁵ Eso no significa que aquellos que aspiraban a crear un nuevo Estado nación independiente siempre toleraran sus extremos territoriales más furibundos. Prueba de ello son las geografías cambiantes de la lucha por la independencia latinoamericana bajo Bolívar o el patriotismo indio «desterritorializado».²⁶ Tampoco deberíamos concluir que el Estado nación monopolizó la imaginación de aquellos que se esforzaban por crear o mantener una comunidad: la comunidad religiosa transatlántica del candomblé, la nación její, «vio la luz antes de la edad “clásica” del nacionalismo y ha perdurado tras ella», como nos

23 Saskia Sassen, *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*, Buenos Aires, 2010.

24 James P. Piscatori, *Islam in a World of Nation-States*, Cambridge, 1986.

25 Sugata Bose, *A Hundred Horizons: The Indian Ocean in the Age of Global Empire*, Cambridge (Massachusetts), 2006, p. 280.

26 Sobre las concepciones nacionales de gente como M. N. Roy o Rabindranath Tagore, véase Kris Manjappa, *M. N. Roy: Marxism and Colonial Cosmopolitanism*, Nueva Delhi, 2010, caps. 1 y 3, y Bose, *A Hundred Horizons*, cap. 6.

recuerda James Lorand Matory.²⁷ La nación jequé, no territorial, fue contemporánea de imperios y Estados nación y, en buena medida, esos diferentes tipos de comunidad se «subvencionaron» unos a otros, puesto que se procuraban recursos económicos, lingüísticos o personales para su mutua instalación y permanencia. Tal contemporaneidad es crucial para los historiadores transnacionales.

El éxito desigual y resistible de los Estados nación territoriales y homogeneizadores traza los contornos cronológicos de la historia transnacional: los últimos doscientos años si hacemos un corte grueso, con una muesca en las postrimerías del siglo XVIII y una incisión más profunda desde mediados del XIX. Al enfrentarnos al Estado nación en su apogeo, podemos estudiar cómo las interdependencias e interconexiones se desplegaron en el interior, en contra o más allá de las barreras e incentivos derivados de las órdenes emitidas por las naciones. También podemos evaluar la naturaleza compuesta de la nación y el Estado contra sus propias narrativas de generación autónoma. La pretensión del Estado nación de ser la mejor —por no decir la única— manera de organizar las entidades políticas y sociedades nos brinda la oportunidad de escribir acerca de cómo llegó a ser eso así, o no, a través de la definición de los estilos nacionales económicos o culturales antagónicos, de las apropiaciones de pensamiento político, del apoyo mutuo entre movimientos nacionalistas o de las transferencias de políticas públicas.

El impulso del Estado nación hacia la homogeneidad llevó a intentos de controlar, rechazar o erradicar flujos, vínculos y formaciones transfronterizas. Su capacidad de proyectar poder, en cambio, conllevó aspiraciones de promover y orientar tales flujos, vínculos y formaciones, aunque solo fuera para preservar o aumentar lo que caía dentro de la definición de «nacional». Como resultado, tenemos una abundancia de pruebas documentales sobre la vida entre y a través de los países, con el sesgo de que los materiales fueron reunidos por autoridades, agencias o individuos que «veían como un Estado».²⁸

27 James Lorand Matory, *Black Atlantic Religion: Tradition, Transnationalism, and Matriarchy in the Afro-Brazilian Candomblé*, Princeton, 2005, p. 111.

28 James C. Scott, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*, New Haven, 1998.

Este horizonte cronológico muestra diferencias con enfoques que también comparten la perspectiva relacional de la historia. Especialmente desde su consolidación en los sesenta, la *historia mundial* ha tenido el ambicioso objetivo de escribir la historia de la humanidad.²⁹ Algunos de sus practicantes le han dado incluso una vuelta de tuerca. Es el caso de David Christian, cuya *Big History* empieza con el universo inanimado y el posible *big bang*.³⁰ Lo que comúnmente se acepta como historia mundial, sin embargo, suele ocuparse de los últimos cinco mil años y la mayoría de su actividad se centra en fracciones más pequeñas, aunque todavía considerables, de ese espacio de tiempo. La *historia global*, como intento de establecer las diversas y cambiantes formas de integración y convergencia a escala planetaria, recorre los últimos quinientos años, trazando el curso de la globalización desde que se circunnavegó el mundo.³¹

La perspectiva transnacional tiene un alcance mucho menor, aun cuando debe reconocer tendencias y patrones históricos previos. Obviamente, la circulación de ideas, capital y personas no comenzó en la era de los Estados nación, y mucho de lo que se desarrolló en ese período tardío sucedió en el marco —incluso cuando era en su contra— de patrones existentes. Si queremos sopesar lo que la evolución de los Estados nación y sus ideas de proyección exterior y homogeneidad territorial trajeron consigo como limitaciones y posibilidades para la dirección, el contenido y la orientación de esos flujos, tenemos que considerar el despliegue y la estructura previos de estos últimos. Los historiadores de la ciencia han mostrado la importancia de tratar conjuntamente los siglos XVIII y XIX, por ejemplo.³² Así pues, la periodización de la historia transnacional no está fijada.

La atención en el momento de creciente ubicuidad de los procesos de construcción nacional y estatal no equivale a una nueva certificación onto-

29 Patrick Manning, *Navigating World History: Historians Create a Global Past*, Nueva York, 2003.

30 David Christian, *Mapas del tiempo. Introducción a la «Gran Historia»*, Barcelona, Crítica, 2005.

31 A pesar de su manifiesto interés por artículos que aborden períodos anteriores, el *Journal of Global History* ha atraído, sobre todo, textos que tratan del período posterior al siglo xv.

32 Simon Schaffer, Lissa Roberts, Kapil Raj y James Delbourgo (eds.), *The Brokered World: Go-Betweens and Global Intelligence, 1770-1820*, Sagamore Beach, 2009.

lógica de las naciones como mónadas indivisibles. Sin embargo, traquetear el peso del marco nacional no debe traducirse en negar las naciones como *categorías realizadas* que han contribuido, decisivamente, a la estructuración de nuestras vidas colectivas e individuales. Perderíamos nuestra capacidad de entender la presencia del pasado en el presente si, sistemáticamente, escribiéramos prescindiendo de la nación o contra ella. Los historiadores transnacionales deben pensar «con y a través de» la nación, si pretenden hacer justicia a esta «inadecuada e indispensable categoría», como sostiene la historiadora del imperialismo británico Antoinette Burton.³³ La historia transnacional, por ende, es una perspectiva disponible para todos los historiadores de los últimos doscientos o doscientos cincuenta años cuyo proyecto de investigación implique indagar y escribir una historia con naciones que no sea una historia de naciones.

El *dónde* de la historia transnacional

¿Circunscribe este marco cronológico la capacidad de análisis de la historia transnacional a ciertos lugares y espacios? El capítulo 6, que abre la caja de herramientas metodológicas de la historia transnacional, profundizará en la cuestión de la espacialidad, pero antes debemos hacer frente a tres preguntas preliminares. ¿La historia transnacional solo estudia procesos de gran escala? ¿Solo se preocupa por los entrelazamientos en los que las naciones son las unidades básicas? ¿Solo puede aplicarse a lugares donde la fusión de la construcción nacional y estatal ha dado lugar a territorios soberanos delimitados y ordenados?

Una respuesta afirmativa a la última pregunta parecería limitar el alcance de la historia transnacional: durante el siglo XVIII, e incluso la primera mitad del XIX, las entidades políticas organizadas y concebidas como Estados nación estaban tomando forma, principalmente, en Europa y las Américas. Aun así, el impacto del proyecto nacional se sintió con fuerza más allá del núcleo atlántico, mucho antes de que la nación se convirtiera en el superventas político de la modernidad a través de las sucesivas oleadas

33 Antoinette Burton, «Introduction: On the Inadequacy and the Indispensability of the Nation», en Antoinette Burton (ed.), *After the Imperial Turn: Thinking with and through the Nation*, Durham, 2003, pp. 1-26.

de construcción nacional y estatal que sacudieron África y Asia tras la Segunda Guerra Mundial.³⁴

Por una parte, la proyección colonial de las naciones europeas impuso el Estado nación en tierras lejanas por medio de asentamientos en los que las poblaciones indígenas eran excluidas de la comunidad nacional de colonos, con el consiguiente impacto en la idea de ciudadanía nacional, que se desarrolló como un proyecto maniqueo, tanto en el contexto colonial como en el metropolitano.³⁵ Por otra, la idea del Estado nación fijó una meta para los movimientos de independencia y emancipación en áreas donde los sistemas políticos no se habían organizado según criterios nacionales, empujando por Haití a finales del siglo XVIII. Figuras nacionalistas y republicanas europeas, como el italiano Mazzini, provocaron tormentas muy lejos de sus regiones y países de origen.³⁶ A principios del siglo XIX, misioneros cristianos negros caribeños y estadounidenses desempeñaron un papel central en el arraigo de definiciones nacionales en Liberia y Sierra Leona, así como en la expectativa de una nación africana.³⁷ Hasta qué punto fueron estos los antecedentes de los intentos de crear un Estado libre en la Costa de Oro en la década de 1860 (la Confederación de Fante) es todavía incierto, pero el Estado nación era un proyecto político en Camerún después de la Primera Guerra Mundial, mucho antes de las luchas por la independencia africana, y el panafricanismo como proyecto nacional para África floreció con Claude McKay y Marcus Garvey, en la década de los veinte.³⁸

34 Paul H. Kratoska, «Elites and the Construction of the Nation in Southeast Asia», en Jost Dülffer y Marc Frey (eds.), *Elites and Decolonization in the Twentieth Century*, Basingstoke, pp. 36-55.

35 Véase John R. Chávez, *Beyond Nations: Evolving Homelands in the North Atlantic World, 1400-2000*, Nueva York, 2009, esp. los caps. 4-7; Antoinette Burton, *At the Heart of the Empire: Indians and the Colonial Encounter in Late-Victorian Britain*, Berkeley, 1998.

36 C. A. Bayly y Eugenio F. Biagini (eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalization of Democratic Nationalism, 1830-1920*, Oxford, 2008.

37 Robin Law, «Constructing a “Real National History”: A Comparison of Edward Blyden and Samuel Johnson», en P. F. de Moraes Farias y Karin Barber (eds.), *Self-Assertion and Brokerage: Early Cultural Nationalism in West Africa*, Birmingham, 1990, pp. 78-100.

38 Verkijika G. Fanzo, «The Latent Struggle for Identity and Autonomy in the Southern Cameroons», en Ian Fowler y Verkijika G. Fanzo (eds.), *Encounter, Transformation, and Identity: Peoples of the Western Cameroon Borderlands, 1891-2000*, Nueva York, 2009, pp. 141-150; Roderick D. Bush, *The End of White Supremacy: Black Internationalism and the Problem of the Color Line*, Filadelfia, 2009; Michelle Stephens, *Black Empire:*

De igual manera, las ideas nacionalistas, los activistas antiimperialistas y la propaganda anticolonial cruzaron el océano Índico entre territorios bajo dominación británica.³⁹ Incluso en zonas donde las naciones estaban ausentes en cuanto a sus manifestaciones territoriales, la *idea* de Estado nación estaba presente en la vida política, social, religiosa y cultural. A principios del siglo XIX, además, distintas entidades políticas tendieron hacia una mayor homogeneidad interna dentro de un territorio netamente definido, a pesar de no estar concebidas como Estados nación. En el Imperio otomano, en el Irán de Amir Kabir o en el Egipto de Mehmet Alí, los Gobiernos desarrollaron programas para reformar las esferas tributaria, educativa y militar y avanzaron hacia una mayor uniformidad cultural dentro de cada país.⁴⁰ Esto creó nuevos obstáculos y oportunidades para las circulaciones y conexiones. No solo donde los Estados nación cristalizaron más pronto, en el mundo atlántico, una historia «con y a través de» la nación es relevante, posible y necesaria.

Pasemos ahora al tipo de espacios con y sobre los que trabaja la historia nacional. Hemos partido de la premisa de que el Estado nación logró organizar entidades políticas y sociedades en los últimos doscientos o doscientos cincuenta años. La historia transnacional, precisamente porque lleva a los historiadores a seguir flujos, observar vínculos y reconstruir formaciones y relaciones entre, a lo largo y a través de las naciones, ejerce presión sobre la nación como unidad básica de la investigación y escritura de la historia y lo hace desde arriba y desde abajo. La perspectiva transnacional, así, no solo revela que las naciones están insertas en redes de interacciones con otras naciones, sino que también «hace emerger historias subnacionales de varios tipos».⁴¹ Cuando uno cartografía el movimiento de los migrantes, percibe que estos no «parten» desde un

The Masculine Global Imaginary of Caribbean Intellectuals in the United States, 1914-1962, Durham, 2005.

39 Mark Frost, «“Wider Opportunities”: Religious Revival, Nationalist Awakening and the Global Dimension in Colombo, 1870-1920», *Modern Asian Studies*, 36, 4, 2002, pp. 937-967.

40 M. Şükrü Hanioglu, *A Brief History of the Late Ottoman Empire*, Princeton, 2008, cap. 4; Abbas Amanat, *Pivot of the Universe: Nasir Al-Din Shah and the Iranian Monarchy, 1831-1896*, Berkeley, 1997, caps. 3 y 4; Afaf Lutfi al-Sayyid Marsot, *Egypt on the Reign of Muhammad Ali*, Cambridge, 1984.

41 Arif Dirlik, «Performing the World: Reality and Representation in the Making of World Histor(ies)», *Journal of World History*, 16, 4, 2005, pp. 405-406.

país, sino desde un lugar específico, como una ciudad, una aldea, una región o un grupo de parentesco.⁴² De forma parecida, las políticas públicas que sus partidarios u opositores observan, emulan y etiquetan en términos nacionales son, a menudo, experimentadas por autoridades locales, no nacionales.⁴³ Y lo mismo puede decirse de los conocimientos técnicos, las ideas y el capital: el estudio detallado de flujos, vínculos y formaciones lleva a los historiadores a cuestionar las etiquetas nacionales y a volver a emparentar las circulaciones y las conexiones con instituciones, grupos y segmentos espaciales o sociales específicos que se agitan bajo el paraguas nacional.

Para tratar estos elementos subnacionales o no nacionales, algunos historiadores han propuesto la noción de *translocalidad*, por su capacidad de identificar entrelazamientos que no implican países, especialmente en regiones donde el Estado nación llegó tardíamente.⁴⁴ Así es también como entiendo la historia transnacional.

Por otra parte, investigar flujos, vínculos y formaciones a través de unidades nacionales da acceso a formaciones más amplias. En ese aspecto, la perspectiva transnacional se nutre de los *estudios fronterizos* y de la pujante investigación sobre las cuencas oceánicas como áreas de densas interacciones.⁴⁵ Pero también contribuye a recuperar zonas olvidadas como el Sáhara, a reformular nuestro conocimiento de «Europa» o a revelar formaciones inesperadas que no encajan con las regiones identificadas por los *estudios de área* como, por ejemplo, el interés mutuo entre los intelectuales y los Gobiernos japonés y otomano.⁴⁶ Así, paradójicamente, la creciente relevancia

42 James L. Watson, *Emigration and the Chinese Lineage: The Mans in Hong Kong and London*, Berkeley, 1975; Samuel L. Baily, *Immigrants in the Lands of Promise: Italians in Buenos Aires and New York City, 1870-1914*, Ithaca, 1999; Andrew Hardy, *Red Hills: Migrants and the State in the Highlands of Vietnam*, Honolulu, 2003.

43 Daniel T. Rodgers, *Atlantic Crossings: Social Politics in a Progressive Age*, Cambridge (Massachusetts), 1998.

44 Ulrike Freitag y Achim von Oppen (eds.), *Translocality: The Study of Globalizing Processes from a Southern Perspective*, Leiden, 2010.

45 Ramón A. Gutiérrez y Elliott Young, «Transnationalizing Borderlands History», *Western Historical Quarterly*, 41, 1, 2010, pp. 27-53; Isabel Hofmeyr, «The Black Atlantic Meets the Indian Ocean: Forging New Paradigms of Transnationalism for the Global South – Literary and Cultural Perspectives», *Social Dynamics*, 33, 2, 2007, pp. 3-32.

46 Véanse, respectivamente, Ghislaine Lydon, *On Trans-Saharan Trails: Islamic Law, Trade Networks, and Cross-Cultural Exchange in Nineteenth-Century Western Africa*, Cam-

de las naciones en los últimos doscientos años, más o menos, es una brecha por la que se abren paso circulaciones y conexiones entre otros tipos de entidades políticas, sociedades y comunidades: imperios, ciudades Estado, regiones subnacionales, aldeas, grupos étnicos, cuencas regionales de intercambio y mercados que también contribuyeron a organizar la actividad humana. Pero todos ellos estaban enmarcados por el Estado nación y sus productos homogeneizadores: derechos y deberes ciudadanos, políticas sociales, moneda, lengua, estilos de vida, lealtades, legislaciones, política cultural exterior o expansión nacional. Por consiguiente, cuando examinamos interacciones, circulaciones y constelaciones entre y a través de las naciones con nuestra cámara histórica configurada en modo transnacional, también nos ponemos en posición de capturar flujos, vínculos y formaciones que han operado entre, a lo largo y a través de otros tipos de unidades, empezando por las unidades territoriales infranacionales y supranacionales.

El tercer aspecto espacial que precisa de clarificación es el alcance de las investigaciones que nos ha legado la perspectiva transnacional. En efecto, hay diversas conexiones y circulaciones que se despliegan en distancias más largas. Benedict Anderson sigue las conexiones revolucionarias que surgieron del improbable vínculo entre los nacionalistas filipinos y el movimiento anarquista en París, Bruselas y Barcelona.⁴⁷ De la mano de José Rizal, Isabelo de los Reyes y Mariano Ponce, viaja también hasta remotos núcleos de activismo, exilio e intriga en La Habana, Singapur, Tokio y Yokohama. Toda una aventura. Pero la historia transnacional no se reduce, necesariamente, a movimientos de larga distancia y circuitos lejanos. Las complejas relaciones de observación, emulación y rivalidad entre artistas, oficiales e intelectuales de China y Japón, Francia y Alemania, Estados Unidos y México tuvieron lugar en mapas relativamente limitados.⁴⁸ La historia de Palestina como crisol de

bridge, 2009; Alexander Badenoch y Andreas Fickers (eds.), *Materializing Europe: Transnational Infrastructures and the Project of Europe*, Basingstoke, 2010, y Selçuk Esenbel, *Japan, Turkey and the World of Islam: The Writings of Selçuk Esenbel*, Folkestone, 2011.

⁴⁷ Benedict Anderson, *Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial*, Madrid, Akal, 2014.

⁴⁸ Joshua A. Fogel, *Articulating the Sinosphere: Sino-Japanese Relations in Space and Time*, Cambridge (Massachusetts), 2009, esp. las partes 2 y 3, y Shogo Suzuki, «The Importance of “Othering” in China’s National Identity: Sino-Japanese Relations as a Stage of Identity Conflicts», *The Pacific Review*, 20, 1, 2007, pp. 23-47; Michel Espagne y Michael Werner (eds.), *Transferts. Les relations interculturelles dans l’espace franco-allemand (XVIII^e et*

los pueblos judío y palestino posee, ciertamente, dimensiones de largo recorrido, pero se ha desarrollado dramáticamente en una porción muy pequeña de tierra.⁴⁹ La vida cotidiana de las fronteras a lo largo del planeta ha sido el ir y venir de contrabandistas y trabajadores fronterizos que no viajan hacia lugares lejanos, pero transportan bienes, ganancias y estilos de vida a través de pequeñas distancias.⁵⁰ El túnel ferroviario de San Gotardo, apenas quince kilómetros de vía abierta bajo los Alpes en 1882, devino un icono de la identidad nacional suiza y un baluarte de su integridad territorial. Pero fue también producto del capital, los conocimientos técnicos y la fuerza de trabajo internacionalizados, y se convirtió en un eje comercial y turístico entre la Europa noroccidental y la Italia septentrional.⁵¹

En general, los historiadores transnacionales pueden tener presente el intento exitoso de Donald Wright de incorporar el «pequeño lugar» de Niumi (Gambia) a sistemas más amplios. A causa de la especialización de la región de Niumi en el cultivo y exportación a gran escala del cacahuate, contamos con un informe detallado de su sociedad y su vida cotidiana desde finales del siglo XIX que, inevitablemente, pone de manifiesto su lugar dentro de la economía imperial de mercancías y migraciones.⁵² Este interés en combinar la visión de conjunto con el estudio de circulaciones de corto y medio alcance, de lugares pequeños y singulares, es la tercera respuesta la pregunta por el dónde de la historia transnacional.

Conclusión

La perspectiva transnacional tiene mucho que ver con otros acercamientos relacionales a la historia. Está historiográficamente conectada con ellos y

XIX^e siècle), París, 1988; «Rethinking History and the Nation-State: Mexico and the United States as a Case Study», número especial de *The Journal of American History*, 86, 2, 1999.

49 Gudrun Krämer, *Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, Madrid, 2006.

50 Alain Tarrus, *La Mondialisation par le bas. Les nouveaux nomades de l'économie souterraine*, París, 2002; Eric Tagliacozzo, *Secret Trades, Porous Borders: Smuggling and States along the Southeast Asian Frontier, 1865-1915*, Singapur, 2007.

51 Judith Schueler, *Materialising Identity: The Co-Construction of the Gotthard Railway and Swiss National Identity*, Ámsterdam, 2008.

52 Donald R. Wright, *The World and a Very Small Place in Africa: A History of Globalization in Niumi, the Gambia*, Armonk, 2004, caps. 4-8.

promueve investigaciones que se extienden más allá de las unidades nacionales. Aun así, también hay diferencias significativas de naturaleza complementaria: la historia transnacional no se escribe contra o sin las naciones, pero presta atención a lo que vive contra, entre y a través de ellas; se limita, *grosso modo*, a los últimos doscientos o doscientos cincuenta años; trabaja globalmente en lo relativo a espacios, escalas y temas. Este libro no persigue cristalizar las distinciones o ajustar la definición de lo que la historia transnacional debe ser o no. Pretende, más bien, ser un vademécum que transmita la diversidad de lo que han estado haciendo los historiadores y científicos sociales interesados en la historia al investigar y escribir historias que contribúan a responder a las «grandes cuestiones» que hemos esbozado al comienzo de esta introducción. La bandera bajo la que ellos marchan es aquí secundaria.

Como debería hacer cualquier guía, el capítulo 1 cartografía el territorio con mayor detalle y da cuenta de los itinerarios del concepto «transnacional». Los cuatro capítulos centrales del libro están dedicados a nociones específicas, cuyo estudio permite capturar el contenido, el funcionamiento y el impacto de los entrelazamientos entre entidades políticas, sociedades y comunidades: conexiones, circulaciones, relaciones y formaciones. Los dos primeros tienen un propósito panorámico y su marco está concebido para hacer pensar a los lectores en otros temas, lugares y momentos distintos de aquellos con los que están más familiarizados. El capítulo 2 se dedica a las conexiones y ofrece un cuadro de los enlaces creados por organizaciones e individuos humanos y por intermediarios no humanos. El capítulo 3 se centra en los flujos que esos enlaces impidieron o favorecieron e insiste en formas de especificar su contenido, dirección, alcance e intensidad. En los dos capítulos siguientes, la perspectiva analítica da paso a una mirada sintética, que presta atención a ejemplos seleccionados para un examen más profundo. El capítulo 4 pone el énfasis en las relaciones que emergen de las conexiones y circulaciones, así como en el modo en que los protagonistas se ven transformados por su participación en ellas. Con el capítulo 5, volvemos a las distintas formaciones que generan —y son generadas por— las circulaciones y conexiones. El último capítulo regresa a diversos problemas metodológicos que estaban al acecho a lo largo de los capítulos precedentes. Durante el camino, trataré de apoyarme en un amplio espectro de momentos, temas y regiones, pero sin la intención o ilusión de cubrir el campo exhaustivamente o sin sesgos. Después de todo, se supone que una guía debe suscitar la curiosidad por otros países, no reflejarlos.

ÍNDICE

PREFACIO	9
AGRADECIMIENTOS.....	11
INTRODUCCIÓN.....	13
Historia transnacional: ¿cuál es la apuesta?.....	16
El <i>cuándo</i> de la historia transnacional.....	20
El <i>dónde</i> de la historia transnacional	26
Conclusión.....	31
1. SIGNIFICADOS Y USOS	33
<i>Fin de siècle</i> o el <i>Zeitgeist</i> transnacional en las ciencias sociales... 34	
Retrospectiva: «transnacional» a los ciento setenta años.....	40
La historia contemporánea antes de la historia transnacional.....	48
Los historiadores contemporáneos se hacen transnacionales	56
Conclusión.....	64
2. CONEXIONES.....	69
Conexiones humanas	72

Situaciones.....	75
Papeles	83
Circuitos.....	87
Conexiones no humanas	91
Objetos	92
Infraestructuras de comunicación y transporte	97
Elementos naturales.....	100
Recursos naturales	103
Invasores naturales.....	104
Naturaleza transfronteriza.....	106
Conclusión.....	109
3. CIRCULACIONES.....	111
En busca del orden en el espacio de los flujos.....	114
Advertencia: la circulación más allá del mero movimiento	118
Pauta 1: conoce el cauce de tu río.....	123
Pauta 2: demarca una zona de captación	126
Pauta 3: identifica tus afluentes.....	132
Pauta 4: donde hay pendientes, hay corrientes.....	137
Pauta 5: echa la culpa a quienes definen el sistema	141
Conclusión.....	144
4. RELACIONES	147
Relaciones características.....	148
Dedicación.....	151
Dominación.....	158
Movilización	162
Alineamiento	166
Conclusión.....	175
5. FORMACIONES	177
El yo	179

La organización.....	183
La región temática.....	188
El acontecimiento	193
El territorio	199
Conclusión.....	204
6. SOBRE LA METODOLOGÍA.....	207
Estirar nuestra imaginación espacial	208
Inspiraciones metodológicas.....	214
Ecumenismo metodológico y posiciones metodológicas	218
En la caja de herramientas de la historia nacional.....	222
Fuentes: invención, destrucción creativa, reciclaje	230
Conclusión.....	235
CONCLUSIÓN.....	237
Tiempo, manera y lugar	238
Los techos de cristal de la historia transnacional	242
Después más	246
GLOSARIO.....	249
LECTURAS COMPLEMENTARIAS.....	253

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres del Servicio de Publicaciones
de la Universidad de Zaragoza
en enero de 2021*



LA HISTORIA TRANSNACIONAL ES LA INNOVACIÓN historiográfica más importante de las últimas décadas. Transcendiendo el Estado nación como unidad de análisis, observa lo que ocurre *entre y a través de* los países y naciones: transferencias, circulaciones, contactos..., relaciones, en suma, que atraviesan las fronteras. En este libro, Pierre-Yves Saunier realiza una profunda y meticulosa reflexión teórica sobre la perspectiva y metodología transnacional, traza sus orígenes intelectuales y examina los temas y herramientas conceptuales que la caracterizan. La historia transnacional, iluminando aspectos ignorados del pasado, nos ayuda a comprender mejor nuestro mundo en su dimensión global.



Prensas de la Universidad
Universidad Zaragoza



Calidad en
Edición
Académica
Academic
Publishing
Quality

PIERRE-YVES SAUNIER es profesor en el Departamento de Ciencias Históricas de la Université Laval, en la ciudad de Quebec (Canadá). Fue codirector, junto con Akira Iriye, del influyente *Palgrave Dictionary of Transnational History* (2009). Como historiador, ha investigado las sociedades urbanas europeas en la época contemporánea y se ha interesado particularmente por los fenómenos transnacionales, como los circuitos europeos y mundiales que entre los siglos XVIII y XX conectaron personas, ideas, bienes, capitales y poderes.